

¡Que la humanidad entera se levante para lanzar el anatema de desprecio y execración sobre el infame asesino! ¡Que su última maldición sea para el cobarde traidor!

## XX.

**¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.**

Quedaría incompleta la descripción de una de las más horribles traiciones que puede ofrecer nos la historia, si no se tratase de resolver esta cuestión que ha permanecido en la obscuridad. ¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?

Tal vez nunca llegue á penetrar la luz de la verdad hasta el fondo de este enigma; la traición seguramente no ha dejado huellas ni pruebas materiales sobre este punto; pero felizmente no hay necesidad de condenar al asesino. Probado el crimen, como lo está, nada pierde de su carácter, suponiendo que la ejecución haya sido ó no arreglada de antemano, de acuerdo con los hombres de partido republicano.

Mas si no pueden presentarse las pruebas escritas de esta combinación, cuando se considera la conducta infame del traidor Márquez, la con-

ciencia está obligada, sin embargo, á responder de una manera afirmativa á la cuestión propuesta (1) y los hechos mismos manifiestan patentemente la manera con que se ejecutó la venganza.

La cadena de funestos acontecimientos que acabamos de referir, tiene por primer eslabón el

(1) Ya desde 1867, estando en México el general Díaz, se tuvo empeño en deslucir algunos de sus hechos de armas: como la toma de Puebla, la derrota de Márquez en San Lorenzo y el sitio de México. Se dijo entonces, por pura mira política y para contrarrestar su creciente popularidad, que ya le impedia al poder: que la victoria de Puebla debíase en parte al general Alatorre, que había tomado Jalapa; que la derrota de Márquez en San Lorenzo, á la oportuna ayuda de la caballería del general Guadarrama; que sin combatir había tomado México.

El general Manuel González contestó así estos cargos: Alatorre tomó Jalapa cinco meses antes del asalto de Puebla, pero Alatorre era uno de los capitanes del general Díaz, en virtud de cuyas órdenes obró sobre Jalapa; la derrota de Márquez en San Lorenzo, la proporcionó el general Jesús Lalanne, disputándole el paso al jefe reaccionario, lo cual entorpeció su retirada y dió lugar á que se le alcanzase, sufriendo un descalabro; México se tomó al mes y siete días, después de la ocupación de Querétaro, y combatiendo, como lo prueban las víctimas innumerables de ambos ejércitos, inmoladas todavía la víspera de la rendición.

Y si esto no bastara para probar que no hubo inteligencias entre Márquez y el general Díaz, haría prueba plena, la afirmación que el autor mismo hace en la página 189, de que hubo matanzas en Puebla, San Lorenzo y México; y en esta última ciudad, hasta "durante los últimos seis días de lucha sangrienta."

El general González agregaba en esa brillante defensa de

regresó del general Márquez al territorio mexicano, según los deseos del Emperador; el último consiste en su salida clandestina del país para refugiarse en el extranjero; el todo indica claramente, que al regresar á su patria, impulsado por la venganza, estableció Márquez relaciones secretas

su jefe y amigo: "el general Díaz, asaltando á Puebla y tomándola el memorable 2 de abril, cambió la faz de la guerra, hizo triunfar la República y le facilitó al distinguido general Escobedo la gloria de llevar á feliz término sus operaciones militares sobre Querétaro."

Y terminaba: "no me creo con el mismo mérito que el hombre prodigioso, que empezó la lucha con un par de pistolas y un criado, y que, al terminarla, contaba con más de treinta mil hombres, trescientos cañones y un tren inmenso de guerra."

El general González tuvo en el sitio de Puebla el mando de una manzana y rechazó un asalto de los franceses, en que fué herido de una pierna, y, sin embargo de que la ambulancia quiso llevarle al hospital, rehusó y permaneció más de quince días sin moverse en la brecha, que practicó el enemigo para asaltarle.

Ya también desde aquel año, algunos periódicos ministeriales emitían este juicio acerca del general Díaz como gobernante:

"Díaz, en la presidencia, establecería el *cesarismo*, porque al fin es militar; mientras que Juárez, por ser paisano, de ninguna manera inspira esos temores."

Y el *Correo de México* le defendía de esta manera: "Entendámonos. Cesarismo viene de César; es el gobierno que inició Julio César y que estableció y perfeccionó su sobrino Augusto, fundándolo en una *apelación al pueblo*, que ayudada de la sorpresa y de la fuerza dió este feliz resultado; el cuerpo legislativo quedó nulificado bajo el *veto*; las magistraturas, que antes nombraba el pueblo y el senado,

con los hombres de la República, ofreciéndoles derribar el Imperio, con la sola condición de la garantía de su vida y de su libertad. Esta proposición debió ser aceptada sin vacilar, y entonces comenzó Márquez á desarrollar su tenebroso plan de venganza; si no hubiera existido una perfecta inteligencia entre los republicanos y el traidor, los acontecimientos no habrían ofrecido esta inexplicable serie de coincidencias, de conjeturas casuales y de circunstancias raras, tan singulares como inexplicables.

A consecuencia de este común acuerdo, Márquez conducía á Maximiliano á Querétaro, con el fin de que en este tiempo, Porfirio Díaz pudiese atacar á Puebla, que sin contar con grandes elementos de defensa, debía sucumbir naturalmente, lo que en efecto sucedió; hacia que Maximiliano trasportase su cuartel general, del *cerro de las Campanas* al convento de la *Cruz*, la víspera del ataque dado á Querétaro por los republicanos, el día 14 de Marzo; y los asaltantes eligieron para este ataque los dos frentes, el del este y el del norte. En el primero, el traidor había dejado libre el Panteón, que era la llave de la posición de la Cruz, así como ésta era la llave de la plaza.

fueron después dadas por el César, que humilló á los magistrados hasta el papel de empleados; el imperio romano quedó bajo las facultades extraordinarias. Díaz aspira á ser presidente de una República constitucional. El presidente Juárez gobierna dictatorially y procura la continuación de ese sistema: no sabemos si Díaz pensará alguna vez en el cesarismo; pero sí existe el *juarismo*." [Nota de A. P.]

Sobre el frente del norte, facilitaría al enemigo la entrada, ordenando á la 2.<sup>a</sup> división de infantería que lo defendía, que se retirara hasta la Cruz.

Después, el jefe republicano desprendió del sitio de Querétaro cuatro ó cinco mil caballos que envió á una distancia de ochenta leguas, á fin de que tomaran parte en la falsa derrota de San Lorenzo (1); en efecto, el jefe republicano no pudo ordenar esta operación, si no hubiera sabido de antemano que los sitiados permanecerían á la defensiva, en espera de los auxilios que deberían llegarles de México.

Por medio de una marcha larga y lenta, y perdiendo dos días en San Lorenzo, dió el tiempo necesario á Porfirio Díaz para que tomara la plaza de Puebla; mas á su vez, el general en jefe de los republicanos le dejó huir, mientras sufrían una derrota completa las tropas imperiales, que, sin jefe, se encontraban á una grande distancia de México (2).

[1] Relación del comandante en jefe republicano de esta caballería, dada á su regreso á Querétaro, el día 26 de abril.

(2) En una entrevista, el general Díaz se ha servido decirnos lo que sigue acerca de este punto: "Ignoro el móvil que obligó á Márquez á hacer su marcha tan lenta, aunque creo que haya sido en virtud de la noticia que tuviera de que Guadarrama venía á su retaguardia con cinco mil caballos y de que Leyva estaba con dos mil hombres de las tres armas en Tlalpam y Lalanne con unos mil, poco más ó menos, en los Llanos de Apam; pero no es exacto que su tardanza me hubiera facilitado el asalto, pues, aun marchando aprisa, de todos modos habría anticipado el asal-

Establecido el sitio de México, nunca intentó Porfirio Díaz el asalto de la plaza, á pesar de que disponía de más elementos de los que necesitaba, para tener buen éxito, y á pesar de que esto le hubiese costado menos sangre de la que era necesario derramar, evitando así á la capital los

to; y si Márquez pudo escaparse en el ataque que dió en San Lorenzo por la vía de San Cristóbal hasta Texcoco, fué porque abandonó temprano el campo de combate, puesto que llegó á México en la tarde del mismo día y antes de la caída del sol, cuando después de las seis todavía nos batíamos en la Hacienda Blanca con Kevenhuller, que quedó sosteniendo la retirada hasta el siguiente día, que entró á México con lo poco que le quedó de caballería húngara y polaca."

El general Jesús Lalanne nos refiere así este suceso: "Márquez no podía efectuar su marcha en auxilio de Puebla por el camino de las diligencias, que es el más corto, por estar inutilizado; puesto que se habían roto dos puentes y obstruidos los pasos más difíciles, haciendo cortaduras, derrumbando grandes peñascos y formando abatidas con los mayores árboles. Por consiguiente, tenía que tomar el camino de los Llanos de Apam; siendo su marcha de triple tiempo que el que hubiera ocupado en el camino directo.

"En cuanto á la acusación de que el general Porfirio Díaz dejara huir á Márquez, cuando la derrota de San Lorenzo hasta Cuatlinchan, es simplemente absurda, puesto que Márquez no estaba en su poder.

"Márquez, al separarse de las fuerzas vencidas, hizo lo que Napoleón en la famosa retirada de Rusia: abandonar los restos de su ejército cuya moral se había perdido, para regresar violentamente á París á preparar la defensa del imperio francés contra la invasión europea. Márquez, regresando violentamente á México en una canoa rápida,

horribles sufrimientos que supo llevar en paciencia. Por su parte, el lugarteniente del Imperio no atacó en détal á los sitiadores, aunque por su posición defectuosa fueran susceptibles de vencerse de esta manera (1).

que tomó en Texcoco, hizo en cuatro ó cinco horas lo que los restos de su fuerza hicieron en cuarenta; pudiendò reparar sus bajas, aumentar sus fuerzas y defender á México desde el 11 de abril hasta el 29 de junio."

Pero hay también otro argumento contra esta decantada protección impartida á Márquez por el general Díaz; nos lo da el conocido historiador don Antonio García Cubas, que fué testigo ocular de los sucesos acaecidos durante el sitio de México:

—Antes y después de la calda de la plaza, la opinión pública era que si Márquez caía prisionero ó era aprehendido, irremisiblemente sería pasado por las armas. Mas se me preguntará, ¿por qué no lo fué? Porque se ocultó muy bien y no hubo quien le denunciara: cosa que pasó con O'Horan y Vidaurri, de quien hasta se creyó que fuera perdonado, porque sus faltas, comparadas con las de Márquez, eran muy leves. ¡Y, sin embargo, á Vidaurri se le fusiló!

Debemos hacer constar, como hecho irrecusable, que O'Horan se denunció él mismo, recurriendo á un jurisculto que fué magistrado, en la seguridad de que no se le ajusticiaría. (*Nota de A. P.*)

(1) El general Díaz no tomó la plaza por asalto, porque quiso evitar derramamiento de sangre y daños irreparables, y porque tenía la seguridad plena de que se rendiría temprano ó tarde. Tal era esta seguridad en su ánimo, que al general Tabera, contra todos los preceptos de la guerra, le enseñó personalmente algunos puntos de las fortificaciones donde hasta había mercado, formado espon-

No aceptó Porfirio Díaz los ofrecimientos que le hizo el tráfuga O'Horán, quien hubiera deseado venderle la ciudad de México, como el traidor López había vendido á Querétaro (1). Mas Porfirio Díaz no pudo rehusar estos ofrecimientos, sino porque otros compromisos secretos le garantizaban por otro camino el mismo resultado de la oferta de O'Horán (2).

táneamente por gente de las cercanías, que vendía en abundancia toda clase de comestibles.—Vea usted—dijo el general Díaz á Tabera—aquí tienen que comer mis soldados sin moverse de sus puestos. Estoy recién casado y puedo esperar la salida de ustedes hasta para cuando yo tenga hijos.—(*Nota de A. P.*)

(1) O'Horán, con la esperanza de salvar su vida, alegó este hecho en su defensa ante el consejo de guerra que lo juzgó. *Siglo XIX* de México, núm. 26, correspondiente al 19 de Agosto de 1867.

(2) Respecto á estos ofrecimientos, dice el general Díaz: "Los ofrecimientos de O'Horán, que me hizo en la víspera de la rendición de la plaza, no los acepté, entre otros motivos, porque tenía la seguridad de que ya no contaban con municiones, ni de guerra, ni de boca, y también por igual seguridad práctica de que no podrían salirse del sitio, puesto que repetidas veces lo habían intentado, y siempre inútilmente."

Ahora he aquí cómo O'Horán logró tener la entrevista con el general Díaz:

Cierto día se le presentó al general Díaz el ingeniero Francisco P. Vera, que había salido del sitio, con la comisión de manifestarle que el general O'Horán quería hablarle, para lo cual remitiale una linternita de cristales rojos, la que movería á determinada hora de la noche á corta distancia de las fortificaciones en la calzada de la Villa de

Márquez supo las ejecuciones de Querétaro, algunos momentos después de que se hubieron verificado; y el mismo día, dió fin á la sangrienta farsa del sitio, dispuesta como todo lo demás, para encubrir su horrible traición.

Establecidos los preliminares de la rendición de Guadalupe. El general Díaz aceptó la entrevista, y á la hora convenida, en compañía del general Francisco Z. Mena, se acercó al punto determinado é hizo señas con la linterna. En ese momento el enemigo hizo una descarga; el general Díaz desvió la luz de la linterna, ganó una acequia y se retiró en seguida. El ingeniero Vera volvió á salir y manifestó al general Díaz, de parte de O'Horán, que por una casualidad, á la hora de la cita, el general Márquez se encontraba inspeccionando el punto, que se había apercebido de las señas con la linterna y había ordenado que se hiciera fuego; pero que esa noche saldría el general O'Horán. En efecto, cumplió éste su promesa y confirió con el general Díaz. O'Horán ofreció la entrega de la plaza y de sus principales jefes, con la condición de la garantía de la vida y de que á él, además, le diera un pasaporte para salir fuera de la República, bajo la promesa de no inmiscuirse más en la política del país. El general Díaz rehusó todo ofrecimiento, haciendo ver á O'Horán que la toma de la plaza era indefectible. O'Horán insistió en que el general Díaz le garantizase su vida, tornando á ofrecerle, que comenzando por Márquez, le entregaría á todos los jefes. El general Díaz, sereno y discreto, dióle la misma contestación que antes: que no necesitaba de que nadie le entregara la plaza de México, porque la situación en que la había colocado el ejército republicano era tal, que no podía resistir mucho tiempo, y que no tenía facultad alguna para tratar con los infidentes. Entonces O'Horán, como desesperado, le preguntó:

—¿Qué, tanto empeño tiene usted en matarme?

México con el general Tabera, y después de la desaparición de Márquez, no hubo ni una sola palabra, ni una sola exigencia de parte del gabinete de Juárez, ó de parte de Porfirio Díaz, respecto á la persona de Márquez, á pesar de que era odiado por ambos partidos, y principalmente, después de haber cometido las últimas extorsiones y las últimas violencias. Se trataba nada menos del hombre, á cuya cabeza se había puesto un precio en otra época, por los mismos hombres que en esta ocasión ni siquiera se acordaban de que

El general Díaz le contestó:

—No es empeño: es que no puedo hacer ofrecimientos de ninguna clase.

Esta entrevista la ratificó O'Horán el 18 de agosto ante el consejo que le juzgó por los delitos contra la independencia, la patria y la paz pública, haciendo recalcar, como circunstancia atenuante: "que también quiso entregar la plaza y á Márquez."

Su conducta contrasta con la del padre Fischer, quien, al presentarse al general Díaz en Tacubaya, le habló así: —Señor general, vengo á pedirle la garantía de la vida de S. M. el Emperador.

El general Díaz le dijo:

—¿Cómo viene usted á pedirme garantías para Maximiliano, si usted, como extranjero, está en el mismo caso que él?

El padre Fischer contestó:

—Ahora no le vengo á hablar de eso, sino de S. M. el Emperador. De mí, puede usted disponer como guste, que es cosa muy secundaria.

El general Díaz nos ha manifestado que este rasgo del padre Fischer le causó impresión de simpatía. [*Nota de A. P.*]

existía en el mundo semejante hombre. Y todo esto, cuando aun humeaba la sangre de Maximiliano, de Miramón, de Mejía y de Méndez, y en los momentos en que esos mismos hombres se disponían para derramar la sangre de Vidaurri.

Ocupada la capital, rendidos á discreción sus defensores, fueron tratados como prisioneros de guerra; lo que formó contraste con la conducta observada con los hombres entregados en Querétaro por la traición y para los cuales sólo se encontró la muerte ó las galeras; aunque sólo tuviesen que reprochárseles haber tomado parte en una defensa heroica y única por sus detalles en la historia de las revoluciones de México.

Caído el Imperio, la policía republicana se ocupó especialmente en proporcionar víctimas á la venganza política: buscaba con furor á Arellano, y después á Vidaurri, Lacunza, Lares, Quiroga y otros imperialistas, cuyas responsabilidades reunidas no podían compararse á las que pesaban sobre todos los días de la vida de Márquez. Sólo de él no se ocupaban los esbirros del poder, bajo el pretexto de que había perdido su prestigio, y de que se había perdido él mismo en la opinión de todos los partidos; lo que por lo demás era cierto (1). En fin, algún tiempo después,

[1] Luego que fué ocupada la plaza de México, la policía buscó con inusitado ahinco á Márquez: hizo pesquisas en la iglesia de los Angeles, en el panteón de Santa Paula y el Carmen, donde se dijo que se hallaba escondido dentro de un sepulcro. Se rumoró entonces que la policía había dado con un sepulcro vacío, en el que había

cuando necesitó Porfirio Díaz pasar á Veracruz para arreglar la expedición destinada á Yucatán, se encontró embarcado el traidor en este puerto, como por milagro; lo que puso á descubierto la última, pero no menos significativa, de las coincidencias y extrañezas que resultaron, para no poder dudar del acuerdo secreto que debía haber llevado á cabo Márquez, para satisfacer su monstruosa pasión de venganza.

Si existía este acuerdo, como lo prueban los hechos, hizo bien el partido republicano en aceptarle.

El derecho de gentes autoriza, no sólo para usar de la traición en la guerra, cuando aquélla se ofrece, sino también para obtenerla por

restos de comestibles y huellas de que algún viviente había estado en él. Se repartieron con profusión retratos de Márquez entre las tropas apostadas en todas las salidas y en todos los caminos. La prensa periódica se ocupaba de continuo en propalar especies acerca de los pasos de Márquez, las cuales eran seguidas á menudo por la acción del gobierno para caer sobre el prófugo. Si se salvó, ya lo hemos dicho, debiólo en parte á su pasmosa sangre fría ante todos los peligros que le acosaron á cada paso.

Pero el lector pensará, después de leer este relato: con mayor razón es inexplicable la fuga de Márquez. Así es, en efecto; pero debe tenerse en cuenta que don Juan José Baz, el celeberrimo liberal rojo, y su señora esposa, dama de corazón muy noble, pusieron empeño decidido en salvarle á todo trance. Márquez estuvo escondido en la casa del señor Baz, y éste despistaba á la misma policía para que no le hallase. La carta que el gran traidor presentó á don Jorge de la Serna en Veracruz, fué de dicha distinguida señora.—[Nota de A. P.]

cuantos medios sean posibles. Si no hubo acuerdo, no dejarán por esto de conservar su odioso aspecto los crímenes de Márquez. La más cubierta de las traiciones llega á ser notoria en presencia de los documentos, cuya existencia se ignoraba, ó por la publicidad de las vergonzosas acciones de que fueron testigos millares de mexicanos y extranjeros. A la historia pertenece juzgarla en el fondo y no en la forma.

La conciencia universal, que no hacía mas que sospechar el crimen de Márquez, le condena desde hoy como obra de iniquidad y como una triste prueba de todo lo que es capaz el corazón humano, cuando está devorado por las pasiones.

Palidece la traición de López, desde el momento en que se la compara con la de Márquez. López es un hombre desgraciado, que en virtud de la ley providencial, acabará sus días, ya bajo el puñal del asesino, ya en el cadalso de la deshonra ó ya devorado por los vicios. Este criminal vulgar maldice á Dios y á la humanidad, cuya expiación cuenta en el número de sus más penosos sufrimientos, el inevitable martirio de la deshonra en la vida y en el sepulcro; que deja por herencia á su inocente hijo, al ser que más debe amar su corazón, un nombre cubierto de infamia y de vergüenza; este desgraciado, decíamos, tiene el derecho de apelar del juicio que le infama y pedir justicia, exigir que consideren las circunstancias atenuantes de su falta, y esperar, si no su perdón, al menos una prueba de equidad.

“He traicionado á mi Soberano, dirá este mi-

serable, he traicionado á mi bienhechor y mis amigos, porque la obscuridad de mi origen, la miseria de mis padres; y más aún, mis malos instintos no me han permitido cultivar mi inteligencia, conocer mis deberes y moderar mis vergonzosas pasiones. Obligado por el destino á tomar el fusil, la deplorable falta de educación de que fui víctima y no causa, me arrojó á la carrera del crimen, en la que ya, como simple sargento, comenzaba á traicionar á mi patria, sublevando en una guerra nacional, la escolta del jefe del Estado, que era al mismo tiempo el campeón de la Nación. Destituido de mi empleo, en único castigo de mi crimen, que el tiempo había hecho casi olvidar, (1) la revolución, alrededor de la cual se agrupan, tanto los hombres honrados como los criminales famosos, me abrió de nuevo la carrera, á la que

[1] López traicionó á su patria durante la invasión americana [1847.] Nombrado Presidente de la República el general Santa-Anna, infamó este crimen en la siguiente circular del Estado Mayor del ejército, publicada oficialmente el 8 de Julio de 1854:

“Su Alteza Serenísima, el general Presidente, ha mandado que se expida un decreto excluyendo del servicio al subteniente del regimiento activo de Monterey, Miguel López, en adelante excluído para siempre de las filas, y que ha merecido esta medida por su infame conducta en Tehuacán, donde sublevó la escolta de S. E. el Presidente, que mandaba las fuerzas que operaban contra los Estados Unidos.

“Se hace saber esta medida á todos los militares que forman el ejército, para que se persuadan de que si el Supremo Gobierno recompensa á los buenos servidores que se

sólo faltaba mi presencia para deshonrarla. Servi de guía á las tropas extranjeras y respondí á *¡quién vive!* de mis conciudadanos, facilitando su derrota y la caída de Puebla. Conseguí que brillase en mi pecho la estrella del honor, de donde fué arrancada más tarde, tan ignominiosamente como lo merecía por haberla manchado indignamente. El ilustre Soberano que conocía mi pasada infamia (1), quiso sacarme para siempre de la miseria, de la abyección y de la infamia, elevándome á una posición, que jamás me había atrevido á ambicionar: cometió para esto la grave falta de concederme un grado, que no merecía; de otorgarme unas condecoraciones, de darme dinero (2), de concederme una amistad llena de atenciones y de la que era indigno, á la vez por mi nombre, mis modales, mi educación y mi pasado.

“Cuando el destino marcó la hora solemne de distinguen por su patriotismo y su lealtad, castiga también á los que son indignos de pertenecer á la gloriosa carrera de las armas, etc., etc.” [a]

[1] En el libro secreto de Maximiliano, publicado en el *Siglo XIX* de México, número del día 3 de Enero de 1868, se encuentra esta justa calificación: “López [Miguel], coronel del regimiento de la Emperatriz que sirvió en las contraguerrillas organizadas por los americanos [1847.]”

(2) Maximiliano llevó su benevolencia hacia el traidor López hasta el grado de servir de padrino á su hijo. Le regaló en esta ocasión una casa en México.

[a] Por más que hemos buscado en el periódico oficial de esa época la circular á que el autor se refiere, no la hemos podido hallar. [*Nota de A. P.*]

la prueba, el miedo, la sed de oro, por el que vendí á mi protector y con él á todos sus defensores, me aconsejaron que hiciese el papel que he desempeñado, el único de que fui capaz y que era preciso esperar del antiguo traidor López. Sólo por estas razones entregué Querétaro á los republicanos, aprovechando el sueño y el cansancio de los valientes, con los que me habían confundido pasageramente el favor y los caprichos de la fortuna; sólo por estas razones robé á mi protector (1) y le calumnié en la tumba (2), cuando, manchado con su sangre, llegué á ser objeto del desprecio universal.

(1) Después de haber entregado la plaza al enemigo, el miserable López se ocupó en robar el equipaje del Emperador, de los generales y de los oficiales del ejército. Este pillaje, que tuvo lugar en presencia de varios millares de testigos y del cual tenemos pruebas que reservamos para otra ocasión, fué revelado por el digno príncipe de Salm Salm, en la refutación que lanzó contra el traidor López y que contiene este elocuente apóstrofe: “*Finalmente; ¿cómo os apropiasteis los papeles del Emperador y otros objetos, como por ejemplo el estuche de tocador de plata, que entre paréntesis jamás ha parecido?*”

El único objeto de valor que poseía Maximiliano en Querétaro, era este estuche que robó López.

(2) El traidor López hizo escribir á un abogado de México dos manifiestos redactados sin talento y que cubrieron de ridículo al hombre marcado ya con el sello de la infamia. Estos malos escritos, pagados con oro de la traición, se proponían alcanzar cuatro fines:

1º Hacer creer que Querétaro había sucumbido por la fuerza de las armas republicanas.

2º Presentar como un héroe triunfante al tráfuga Vélez.



“Pero este crimen sin nombre, que cometi ayudado por las circunstancias que preparó un ser más vil que yo, fué la escena final de un drama horrible, de una traición sin nombre, preparada, proseguida y consumada sin mi participación.

“No privé á Miramón de los elementos que necesitaba para llevar á buen fin la campaña del in-

3.<sup>o</sup> Disfrazar el robo.

4.<sup>o</sup> Procurar la rehabilitación del traidor.

Para obtener este último resultado, creyó muy sencillo calumniar á Maximiliano, declarando que el traidor había salido de la plaza por orden del Emperador, para solicitar del general en jefe de los republicanos que se le dejase pasar con su séquito.

No era el Emperador, que se dejó sacrificar por la gloria de su nombre, un miserable de la especie del que le vendió, para dejar así comprometidas las tropas que le habían sostenido con tanto valor, lealtad y abnegación.

En cuanto á la huida, ya lo habíamos propuesto á Maximiliano, desde el 11 de abril, con el general Miramón, pero se rehusó. Si hubiera tenido esta intención, se habría guardado muy bien de servirse del traidor López, de tan mal prestigio entre los republicanos; habría recurrido á alguno de los generales que querían capitular, entre otros á Mejía, que había concedido la vida otras veces al general en jefe de los republicanos, cuando éste fué su prisionero. Mejía tenía, además, las ventajas de su prestigio, de su carácter y de la estimación de los sitiadores. El Emperador, que no ignoraba ninguna de estas circunstancias, le habría encargado evidentemente el desempeño de la misión de ir al campo enemigo, en caso de que hubiera tenido resuelto entrar en arreglos.

Es falso, completamente falso, que Maximiliano hubiese confiado semejante misión al traidor López, y jamás, ni este último, ni otro cualquiera, presentarían la credencial que

terior, con el objeto de que se le derrotase; no aconsejé á Maximiliano que partiese para Querétaro; no le engañé con el plan proyectado, pero no efectuado, de tomar la ofensiva; no me valí de este pretexto para no arreglar los preparativos de defensa en Querétaro; no detuve al ejército sin municiones, sin dinero, sin fortificaciones, sin víveres y sin forrajes; no procuré subsistencia fácil á los liberales, dejando llenas de granos las haciendas y posesiones de los alrededores de la plaza que iban á sitiarse; no aconsejé la retirada que podía terminar en una derrota; no hice trasportar á la *Crus* el cuartel general del Emperador y aún al mismo Emperador; no me disponía á entregarla entonces al enemigo, oponiéndome á que

habría debido llevar al campo de los republicanos y sin la cual no hubiera sido recibido y escuchado como enviado del Emperador.

Lo cierto es, que á las seis de la tarde del 14 de mayo, recibió orden López, para que estubiese listo á las once y media de la noche, para el movimiento que se iba á efectuar. Desde las seis hasta las once, estuvo ocupado Maximiliano, con Miramón, Castillo, conmigo y el coronel Redonnet, y á las ocho comenzó el Emperador á hacer buscar al traidor, que pareció hasta las once, porque estaba en el campo republicano arreglando la venta de la plaza. Maximiliano solicitaba á López, porque quería saber si estaban los caballos de la caballería en estado de resistir aún el día siguiente sin tomar forraje. La desaparición del traidor privó al Emperador de este dato é impidió el movimiento proyectado para la noche. Contra la voluntad de Miramón y la nuestra, y también contra la de Maximiliano, se difirió para el día siguiente, según el deseo que había expresado Méndez por intermedio de Redonnet y apoyado por Castillo.

se defendiese convenientemente este punto, mandando que se retiraran las tropas que contenían á los republicanos en la línea del norte, para que éstos pudieran entrar libremente en la plaza; no me aproveché de las graves circunstancias de esta época para herir cobardemente y á la sombra de Maximiliano, la dignidad y el amor propio del valiente Miramón; no evité que se batiese á los republicanos el 17 de marzo; no abusé de la comisión que se dió para salvar á Querétaro; no engañé á mis compatriotas, proclamándome lugarteniente del Imperio, para gobernar y no llevar á Querétaro los recursos que podía conducir en quince ó veinte días; no fraccioné las tropas de la capital para dar tiempo á los republicanos de Querétaro, que estaban ayudados por el hambre, para que sucumbiesen los hombres á quienes había jurado perder; no simulé una derrota necesaria para consumir mi venganza; no imaginé el sangriento simulacro de un sitio á la capital, á cuya sombra, para salvar las apariencias y sin tener intención de semejante crimen, se destruyeron las fortunas, se hizo morir de miseria y de hambre á tanta gente, y, en suma, se derramó tanta y tan generosa sangre; no privé á ninguna de mis víctimas del consuelo de la defensa; no engañé á tantos hombres leales ni les obligué á comprometerse á secundarme con la esperanza de salvar á sus amigos y al Imperio; no robé á los ricos, ni martiricé á las familias inocentes; no hice derramar torrentes de sangre en Puebla, en San Lorenzo, en Querétaro y en México, con el único objeto de

satisfacer mi sed de venganza; no derroqué al Imperio, causando la ruina de cien mil familias y cubriendo de duelo á mi país. El asesino Márquez, el odioso Márquez, el gran traidor Márquez, fué quien preparó y consumió esta serie de crímenes desconocidos, cuyas pruebas pueden estar ya registradas por los anales del mundo. Cuando estuvo terminado todo esto, cuando la situación hubo llegado á su más deplorable extremidad, y anunciado para su desenlace una catástrofe horrible, efectuada de un modo ó de otro, mis malas pasiones me impulsaron á servir de instrumento á la secreta traición de Márquez, y sólo conduje á las víctimas al suplicio que se les había preparado con mano pródiga.

“El traidor, cuyo crimen no puede compararse al mio, había recibido educación, proseguía una carrera, cuyas manchas sangrientas podían excusarse por el fanatismo político; tenía un nombre ya célebre; se le presentaba un gran porvenir; era el árbitro de la suerte de Maximiliano, de la del ejército y de la patria; y en fin, teniendo en sus manos el poder y los medios que se le confiaron, para salvar ó perder para siempre á su Príncipe y al ejército, se decidió libremente por el segundo parádo. Y ¡sólo mi nombre será despreciado del mundo! ¡se verá aún en el cuello de este hombre la insignia, que dejaría de ser la del honor si permaneciese en su poder por más tiempo!

“Si la conciencia universal es justa, si el juicio de los hombres es imparcial y severo, como el de

Dios, todo el género humano proclamará de hoy en adelante, que el traidor Márquez es más culpable que el traidor López. De cualquiera manera, su expiación será terrible y espantosa. . . . vivirá en el futuro, pero siempre acompañado de estas palabras del Señor, que atravesarán la historia en su seguimiento:

“¡¡¡Cain, qué has hecho de tu hermano!!!”

## ÚLTIMAS PALABRAS

El retardo involuntario que sufrieron la traducción é impresión de esta obra, escrita desde el mes de marzo último, dió tiempo al general Márquez para publicar un manifiesto, dirigido á la Nación Mexicana, con el objeto de justificarse de los cargos que le imputa la opinión universal, y que son los mismos que los que se le dirigen en esta obra.

El autor de esta memoria lleva la hipocresía, la falsedad y el cinismo á un grado tal, que en honor de la verdad histórica, nuestro deber es refutarlo, tarea muy sencilla de la que nos ocupamos en este momento, y que sirve de tema para un volumen especial, que publicaremos antes de mucho. Por ahora, nos ha parecido indispensable dar las siguientes explicaciones:

Márquez niega que él sea el autor de los ase-

*rramado tanta sangre.* (Páginas 24 y 25 del *Manifiesto*.)

Sin quitar aquí la calificación de *invasión*, que da Márquez á la intervención francesa, y á la pretensión que tiene de que habría podido ser víctima de un engaño, el lector debe saber que combatió por el *invasor* en San Lorenzo y en Puebla, y que después fué uno de los notables que proclamaron la monarquía y que eligieron Emperador á Maximiliano.

Esta es la verdad: el general Márquez hacía la guerra al gobierno de Juárez, como comandante en jefe de las fuerzas conservadoras y reconociendo como presidente de la República al general Zuloaga. Márquez dió al presidente una noticia falsa, asegurándole que había tomado por fuerza la plaza de Teloloapam, precisamente cuando acababa de ser arrojado de ella y obligado á levantar el sitio. Zuloaga le destituyó de su mando, y nombró al general Cobos para reemplazarlo, y éste tomo posesión de su empleo. En este estado estaban las cosas, cuando se retiró de Puebla el general de Lorencez y volvió á Orizaba. Márquez estuvo en comunicaciones con Almonte, y éste contaba con que asistirían las tropas conservadoras al ataque del 5 de Mayo, lo que no tuvo lugar, y Almonte y el padre Miranda, cuando volvieron los franceses á Orizaba, dieron á Márquez, desde Amozoc y con fecha 9 de mayo, las instrucciones para que se uniesen las fuerzas en cuestión á las del general Lorencez. Entonces sublevó Márquez las tropas de

Zuloaga, que estaban en Izúcar, y se valió de un ayudante de Cobos para engañar al general Herrán, que estaba en Atlixco con la caballería, y le hizo moverse en dirección á Orizaba.

Las fuerzas de Juárez hicieron durante esta marcha lo que debían, es decir, intentaron estorbar el paso á la caballería que iba al campo de los franceses, y habrían alcanzado su objeto, sin la llegada del 99 de línea, que á las órdenes del comandante Léfèvre, llegó á *Barranca Seca* y decidió la victoria en favor de Márquez, que dió parte oficialmente al general Almonte, del triunfo alcanzado, gracias á los auxilios que pidió á los *invasores*.

Para rendir homenaje á la verdad, diremos que la acción de *Barranca Seca* estuvo dirigida en realidad por el general Herrán, recomendado en esta ocasión por su valor en el parte respectivo que dió Márquez el 23 de mayo de 1862.

Los generales Zuloaga, Cobos y Benavides, abandonados por sus tropas, prosiguieron su marcha con la infantería hasta Orizaba, y pasaron de esta ciudad á Veracruz, donde se embarcaron para la Habana. Cada uno de los dos primeros publicó un manifiesto en la isla de Cuba, refiriendo los principales hechos que hemos relatado á propósito del modo con que se unió Márquez á la intervención francesa, y calificando de traidor al hombre que arrastra así á su patria por el camino fatal que debía terminar en Querétaro.

En la época de estos acontecimientos, el *Boletín* del ejército mexicano que se publicaba en

Orizaba y que naturalmente recibía sus inspiraciones del gobierno del general Almonte, explicó el 28 de junio por qué causa no concurren las tropas conservadoras al ataque del 5 de mayo, y el modo con que se unieron por fin á la intervención. Entonces no se atrevió Márquez á contestar una sola palabra á los generales Zuloaga y Cobos, ni al *Boletín* del ejército; pero después de seis años ha creído poder negar la veracidad de hechos universalmente conocidos.

Cuando publiquemos la refutación del manifiesto del general Márquez, publicaremos igualmente los documentos oficiales á que hemos hecho alusión. Por ahora nos basta apelar al honor de los generales de Lorencez, Almonte, Zuloaga y Herrán, invitándoles á que nos desmientan públicamente, en el caso en que hayamos alterado en algo la verdad. En lo que concierne á la audaz negativa de Márquez, con objeto de la conducta que observó con la intervención francesa y de la calificación que la da hoy, tratándola de *invasión*, cuando fué el primero en unirse á ella, arrastrando consigo al ejército y á la mayoría de los mexicanos, se debe encontrar la prueba palpable de que con esta conducta traicionó á su patria del mismo modo que traicionó al Imperio, cuando su caída. Este hombre merece, pues, la calificación de traidor, con la que los juaristas designan injustamente á sus enemigos políticos. Los mexicanos que trabajaron en Europa para que se restaurara la monarquía en la patria de Iturbide; los que, como nosotros, aceptaron la

intervención francesa, cuando fué un hecho consumado y sostuvieron lealmente el Imperio, no tienen en efecto por qué avergonzarse de su conducta, aunque el resultado que se obtuvo haya fallido todas las promesas y engañado todas las esperanzas.

La intervención de un país, en los negocios de otro país, considerada desde el punto de vista teórico, es un atentado contra el derecho de gentes; pero es lógica, es conveniente, cuando se trata de un pueblo devorado por la anarquía y amenazado de muerte por un vecino poderoso, que le ha despojado ya de más de la mitad de su antiguo territorio; por un enemigo que cuenta con la alianza de una facción llamada impropriamente *liberal*; era patriótico que los buenos mexicanos aceptasen el único y último remedio de todos los que se han empleado para conquistar la salvación nacional. En cuanto á nosotros que salvamos providencialmente de la ruina del Imperio de Maximiliano, causada por la traición del general Márquez, diremos siempre en alta voz, que aceptamos la intervención francesa, porque era imposible preveer sus fatales resultados, y que cuando cambió el Emperador la funesta política de su gobierno, lo sostuvimos, combatiendo con toda la energía de nuestro carácter y con todas nuestras facultades, contra el enemigo, que sólo le venció ayudado por dos traidores. Al hablar de este modo, estoy en el destierro sin más fortuna que una conciencia tranquila, proscripto de mi familia, so pena de muerte en mi patria por la

facción que la domina y aún sin conservar la dulce esperanza de que pueda escapar México á los horribles males que le devoran. El general Márquez, ignorando que el Emperador Maximiliano tuvo cuidado de hacer constar, por la voz autorizada de los generales comandante en jefe de las tres armas del ejército y del jefe de su estado mayor, que este personaje creó la situación por la que sucumbieron los defensores de Querétaro y que les perdió por no desempeñar la comisión que se le encargó de ir á México, para llevar un ejército auxiliar, dice que no dejó por esta comisión la plaza sitiada; sino, muy al contrario, por la de conservar la capital. Suponiendo, como los diarios de México, que la copia de la carta sin firma que dirigimos el 11 de abril al Emperador, en compañía de Miramón, fué firmada también por otras personas, dice que los generales que propusieron á Maximiliano su salida de la plaza, con el objeto de obligarle á auxiliar á Querétaro, ignoraban ó habían olvidado las verdaderas instrucciones que recibiera.

Los comandantes de infantería y artillería, los dos generales que dirigían la defensa de la plaza, es decir, Miramón y nosotros que eramos miembro y secretario del consejo de guerra, y representamos, el 20 de marzo, al Emperador en el seno de ese consejo, para informar á sus otros miembros de las opiniones emitidas á Maximiliano, y que conservamos las actas originales, redactadas por nosotros y firmadas por el consejo, no ignoramos, ni hemos olvidado las instrucciones

y la comisión dadas al general traidor, que derribó el Imperio para ejercer la más cruel de las venganzas; y precisamente por esta razón propusimos al Emperador el remedio oportuno para todos los males que auguraba el retardo del hombre en cuyas manos estaba la salvación común.

Con el fin de sostener sus mentiras, reproduce Márquez párrafos truncados de las cartas de Maximiliano, sistema muy cómodo para hacer decir ordinariamente á todo el mundo lo contrario de lo que se ha escrito; mutila igualmente diversos documentos oficiales, y funda en fin su principal argumento, en el cambio de fecha del decreto que le nombraba Regente del Imperio, ejecutado con intención y en la forma que vamos á explicar:

Quando el 10 de marzo resolvió el consejo de los generales, que después de esperar dos dias la llegada á Querétaro del general Olvera, el ejército imperial tomaría la ofensiva contra los republicanos, Maximiliano quiso evitar las consecuencias de la falta de gobierno, en el caso de que muriese en la campaña, y el día 11 del mismo mes nombró una regencia, compuesta del presidente del consejo de ministros Lares, del presidente del consejo de estado Lacunza, y del general Márquez (1). Maximiliano firmó este de-

[1] No sabemos si cuando publicaron los republicanos este decreto, se cometió la falta de impresión de reemplazar la fecha del 11 de marzo por la del 11 de mayo; pero el general Márquez conoce tan bien como nosotros la fecha de ese documento, inspirado á Maximiliano, como todos los demás, por el mismo que le engañaba sin cesar.

creto en el Cerro de las Campanas y lo refrendó el Ministro García Aguirre, que reside actualmente en Madrid.

El día siguiente, es decir, el 12 de marzo, Maximiliano firmó igualmente su abdicación en el Cerro de las Campanas, para el caso de que se le hiciese prisionero.

Destituidos los ministros Lares y Marín, á consecuencia de las intrigas de Márquez, el 20 de marzo se nombró presidente del gabinete á Vidaurri, y fué necesario modificar igualmente la Regencia. Entonces firmó Maximiliano un nuevo decreto, nombrando miembro de la Regencia á Vidaurri, en lugar de Lares, y dejando á Márquez y Lacunza. El Emperador firmó este nuevo nombramiento el mismo día 20, en el cuartel general de la Cruz, de Querétaro, y lo refrendó igualmente el ministro García Aguirre.

Quando se vendió la plaza, los papeles de Maximiliano cayeron en poder de los republicanos, y estos publicaron los decretos acompañados del certificado del fiscal del proceso Aspiroz, hoy subsecretario de negocios extranjeros; y estos documentos sirvieron para acusar al Emperador, de que tenía deseo de prolongar la guerra civil aún en el caso de prisión ó muerte. Los defensores Ortega y Vázquez declararon, en nombre del ilus-

Ante los tribunales y ante la opinión pública, tanto merece el título de falsario el que se sirve de documentos falsos, como el que los ha falsificado. Al recordar esta acción vergonzosa, no podemos menos que dar este nombre al general Márquez.

tre acusado, que se había firmado la abdicación, previendo los dos casos, que se había entregado á Márquez para que la hiciese llegar á manos del presidente del consejo de estado, y que debía haberse publicado; lo que no se verificó y comprometió más y más la situación de Maximiliano.

Cree el general Márquez que después de la muerte del Emperador, puede decir y hacer todo lo que juzgue conveniente para su justificación; cambia la fecha 11 de marzo por la de 11 de mayo, que fué por casualidad el día en que Maximiliano, Miramón, Castillo y nosotros discutimos la relación que habíamos redactado el día anterior sobre la situación de la defensa de Querétaro; refutando al barón de Lago, invoca el siguiente argumento: "*Si el 11 de mayo, es decir, cuatro días antes de la pérdida de la plaza, me nombraba Regente el Emperador, por la segunda vez, ¿cómo pudo designarme á los ministros extranjeros como el mayor traidor?*" Tanto civismo y mala fé excitan verdaderamente la mayor indignación. Sin embargo, semejante causa y el nombre, cuyo honor se trataba de defender, son dignos de estos medios de defensa.

Afortunadamente la previsión del Emperador legó la prueba solemne de la traición, que ha adquirido nuevo valor por el audaz mentis del hombre sobre quien debe recaer la responsabilidad de la caída del Imperio Mexicano. La opinión y la historia sabrán muy bien en qué parte han de buscar la verdad: entre el testimonio de los cuatro primeros generales del ejército, que refieren los

hechos por orden de Maximiliano, y el de un traidor á su Soberano y á su patria.

Terminaremos por ahora llamando la atención sobre esta circunstancia: que, no satisfecho el general Márquez con su traición, ha querido presentarse al mundo como falsario, según acabamos de demostrar.

Después de la publicación de este libro, se pondrán á ruda prueba la justicia de Francia y el renombre de la Legión de Honor. En efecto, tendrán que sentenciar entre la rehabilitación de López y la degradación de Márquez. Yo, que tengo el orgullo de llevar en el pecho la gloriosa insignia del honor y que, para conservarla con toda su pureza, he hecho grandes y costosos sacrificios, cuando la caída del Imperio, sirviendo con toda la abnegación posible á un gobierno que en sus días de prosperidad nos había colmado de ingratitudes y persecuciones, debidas á la venganza, estoy intimamente convencido de que el Emperador Napoleón, sus ministros, el senado, el cuerpo legislativo, el consejo imperial de la orden, la prensa y el sentimiento nacional de Francia, se indignarán por nuestras revelaciones y harán que la orden de la Legión de Honor, la primera de las órdenes del mundo, no abrigue por más tiempo en su seno á un traidor y falsario.

DICIEMBRE 30 DE 1868.